El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NUM. 8358

DIARIO DE LA NOCHE

TELEFONOS NUMS. 4 Y 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7.50 id.—Extranjero, tres meses, 11.25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

El pago será siempre adelantado y en metálico o letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Cuminartin, 6. Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31. y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Martes 17 Septiembre de 1889

ANTE LA TORRE EIFFEL.

Salve, esbelto y magnífico coloso,
De la moderna industria hijo querido;
Férreo brazo á las nubes extendido
Por este siglo que será famoso!
Síntesis del trabajo victorioso,
Yo, humilde obrero, ante tus pies rendido,
Saludo al genio en tí, que ha concebido
De tu fábrica inmensa el hecho hermoso!
En honor á tu altiva prepotencia
Pulsa la lira este modesto vate;
Grandes eres, lo confieso en mi conciencia;
Mas, debo aquí decir para remate
Que también lo es *El Barco de Valencia*,
Soberbia torre Eiffel del Chocolate.

A los consumidores que presenten el día 1.º de Agosto 1500 cubiertas de paquetes de chocolate de *El Barco* se les regalará un palco para las corridas de toros pasando por el dique flotante, un cuello de pieles, una capa y entrada gratis en la Exposición de París.—Ojo ausente, Caridad 3, Cartagena.

Recomendamos.—Quinina dulce Baeza.—(Véase anuncio 4.ª plana.)

LA JUNTA EN LA ECONOMICA

(Continuación.)

Decíamos ayer que la idea germinaba, refiriéndonos al desajuste de las minas del Beal, y lo decíamos aludiendo á la Junta general; en ella se expusieron ideas acertadas, se aclararon dudas y más que éstas se dieron noticias por los que tenían más datos, porque lo que suele ocurrir es que aquellos que no han meditado el alcance de una idea no pueden tener entusiasmo por ella, todo lo que no saben lo exponen en forma de duda, mas si relacionan datos y los combinan entonces alcanzan todo el desarrollo de una idea, cada cual por sí solo llega á la altura del pensamiento, se le asimila ó adapta á su especial punto de vista, á su experiencia, originándose la asociación de ideas que siempre se antepone á la asociación de intereses en la vida real y práctica en toda clase de cuestiones y empresas.

La reunión presentó puntos salientes bien significativos; uno de los señores concurrentes manifestó de una manera tan espontánea como patriótica que ofrecía sus servicios y conocimientos técnicos de su carrera gratuitamente á la Junta, y aun que no era propietario de minas ni partidario se suscribía con diez acciones, respondiendo á la idea que algunos acariciaban de formar la empresa en el país.

Estos son los discursos más elocuentes y que revelan con más claridad y rapidez el espíritu manifestado en la Junta; sólo el temor de ofender su modestia nos impone el deber de no citar su nombre.

Asistieron á la reunión personas distinguidas que apoyan el pensamiento sin que tengan minas y sólo porque lo estiman de gran interés local; el Sr. Ingeniero Director de las Obras del Puerto, tan querido entre nosotros, D. Estanislao Rolandi y algunos otros señores invitados por el señor Navarro. También asistió el Sr. Navacerrada, representante del Sr. Figueroa; interesándose por el desajuste

Mayor hubiese sido la concurrencia si la circunstancia de celebrarse la función anual en la Misericordia no hubiese impe-

dido el propósito de muchos señores invitados y que tenían decidido concurrir. Entre ellos se cuenta uno de los nombres más venerados entre nosotros por su saber y virtudes, que ha prestado innumerables servicios al Estado en su brillantísima carrera, que los sigue aun prestando en forma inusitada por su desinteresado patriotismo; cartagenero ilustre que su principal amor es su patria y su distracción realizar el bien siempre que halla ocasión, que no milita en más política que en la de modestia y caridad.

Con estos antecedentes sabemos que ha satisfecho mucho al Sr. Navarro una carta que le dirigió manifestándole su gran sentimiento por no poder concurrir á la Junta, en la que le exponía también «La idea de V me ha parecido tan útil y necesaria, que deseo entrañablemente que llegue V. á realizarla por completo.» Comprendemos la satisfacción y agradecimiento del señor Navarro y nos explicamos perfectamente se dé por bien recompensado con opinión de tanta valía y significación; también nos satisface á nosotros.

No hemos de olvidar al Presidente de la reunión, otro cartagenero ilustre y constante en procurar el bienestar de su país: al presidente de la Junta de Saueamiento, al Sr. D. Cirilo Molina, creador de la Económica de Amigos del País, contra viento y marea, que presidió la Junta concediendo toda la trascendencia que tiene, á quien como iniciadores del pensamiento damos las más expresivas gracias.

En la reunión estuvieron representados el Círculo Mercantil y otras sociedades que en este momento no recordamos.

Creemos haber demostrado nuestra afirmación de ayer relativa á la gran significación é importancia que de la Junta se desprende, *suficiente á satisfacer á los más exigentes.*

Vea en todo esto la opinión que no estamos solos los que iniciamos el pensamiento y cómo lo impulsan los cartageneros más ilustres; lo que necesitamos e constancia, no impacientarnos atendiendo á que las obras grandes si han de ser sólidas y permanentes necesitan tiempo para abrir y fundar sus cimientos; hecho esto los progresos serán rápidos, lucirán hasta verla coronada.

Hemos hecho una plantación que no crecerá hasta que sus raíces penetren y se desarrollen; mientras tanto es preciso atenderla con esmero, prestarle nuestro calor para que se aclimate aquí, rodearla de fuerte valla que la proteja contra los insectos dañinos, permitiéndole crecer próspera y lozana.

Esta planta es el espíritu de asociación que en todas partes da ótimos frutos, siendo un signo de la cultura y civilización moderna.

Variedades.

Solución á la charada inserta en el número anterior.

TORERO

Charada

Das y prima en la todo vé cualquiera

ya dos ni la todo en el primera.

G. S. J.

La solución en el número próximo.

UN CIGARRILLO.

A mi distinguido amigo Juan Díez Vicario.

NOLASCO.

—No fuma usted?—dije alargando un cigarrillo de papel á Nolasco, anciano periodista de gran actividad y notable instrucción.

Hizo un gesto de disgusto, rechazando la oferta.

En efecto, olvidé que jamás le había visto fumar, y como por broma, pensando que una repugnancia física le hacia enemigo del tabaco, insistí:

—Vamos—fume usted siquiera una vez—y volví á alargarle el cigarrillo.

—¡Fumar yo!—exclamó espantado y palideciendo al ver cerca de sí el cigarrillo de papel. —¿Qué quiere usted de mí, amigo mío? añadió exaltado,—huyendo del cigarrillo como de una arma venenosa.

Yo me eché á reír.

¡Pero qué cosa más extraña! pensé al ver la cara de terror de mi respetable compañero.

¡Bah! otra rareza, me dije, á pesar de que me infunden respeto estos hombres que á la vista de las gentes suelen pasar por estrafalarios y ridículos sin que nadie se cuide de averiguar si lo que se toma por capricho extravagante tiene un natural y justificado motivo.

—¡Hombre—añadí—es usted un enemigo tan irreconciliable del tabaco, producto, según los musulmanes, de la saliva que el profeta arrojó al absorber la herida que le hizo una víbora, veneno dulce y sagrado.—Vamos, un cigarrillo... Y tomé expresión de Yago malvado, de Sancho socarrón y de Melistóteles tentador.

—¡He fumado—contestó—¡Oh, por Dios; déjame usted! ¿No le basta mirarme? Un cigarrillo me hace sufrir horribilmente.

Estaba livido; luego debió sucederse la irritación.

Nolasco, en efecto, padeció mucho en tan brevísimo tiempo.

Su seriedad me impuso.

No volvimos á entablar conversación, pero cuando salíamos los dos del despacho, me dijo:

—¿No me había usted pedido un tomo del «Diccionario Enciclopédico»? Pues ahora podemos pasar á recogerle en mi casa, si usted me acompaña.

Recordé que, en efecto, le había hecho esta petición.

Al llegar á la calle, distraído, volví á liar un cigarrillo.

—¡Malditos cigarrillos—dijo Nolasco al verme.

—¡Ah! es verdad—exclamé con pena.

Y sin embargo, me refusa decidamente de lo que no podía explicarme.

II

LUCIA

Entramos en casa de Nolasco, me hizo pasar á su cuarto de estudio: una barahunda de papeles y una Babel de libros le llenaban; era aquella una espaciosa habitación, decorada con sencillez.

A muchos cortinajes de cretona, los borlonés, colaban á uno y otro lado del balcón.

En las armaras se veían escalonadas líneas de libros.

De una de éstas sacó Nolasco el tomo del

«Diccionario» que le había pedido, y me dijo con amabilidad:

—Ahora, amigo, debo á V. una satisfacción por mi impertinente rareza contra su invitación á fumar...

No comprendía bien lo que quería decirme, ni me explicaba por qué insistía sobre aquel hecho ya olvidado.

Y en tanto él se puso á arreglar su estante; mi vista se fijó en uno de los rincones del cuarto y se me ofreció la terrible huella de la catástrofe, que sin duda debió haber sido espantosa.

Una señorita no tan alta como la palma de mi mano, yacía en tierra con la cabeza rota, manca de un brazo, coja de una pierna y lisiada de la otra; tenía varias heridas profundas en el cuerpo, por las que salía serrín...

Un poco más allá se veía un carrito sin ruedas y con el toldo roto á desgarrones y un caballo despellejado y magullado; evidentemente, allí había acaecido un vuelco trágico.

En esta casa hay un niño por lo menos, me decía, porque todo aquello daba calor y alegría al estudio—despacho de mi amigo, que á quitarlo de allí hubiera tomado la habitación el tinte sombrío y el aspecto de una celda.

Me predispuso esto á esperar la entrada de algún loquillo ó de algunos alborotadores risueños que viniere á socorrer á la pobre muñeca, curar el caballo y arrastrar el carrito por el suelo.

Estaba el anciano periodista desahogado una silla sobre la que había una torre de periódicos y me indicaba asiento en ella; cuando entró en el cuarto una preciosísima niña como de unos diez años, y se abrazó á las rodillas de mi amigo.

—¡Hola, papá—dijo la niña gorrona.

Mi amigo no había abandonado su aspecto triste, y sentándose tomó con sus manos la cabeza de la niña y dijo:

—Verdad es que bonita? Mira Vd.—Y se dirigió á mí. Me acerqué á besar á la hija de mi compañero; una niña de blondos cabellos, cara hermosa, papitante de alegría, con una frente blanquísima que esperaba un beso y unos labios chiquititos que prometían miel.

—Esta es mi Carmencilla—dijo Nolasco.

—¿Ve usted sus ojos? Son hermosos; por ellos ve la luz, ve el cielo, nos ve, contempla sus flores y sus juguetes; lo ve todo.

Tomó su voz un acento extraño al decir esto.

—¿Ve usted estos ojos?—continuó Nolasco dirigiéndose á mí.

Los miré, en efecto; eran hermosos, de largas pestañas, rasgados, españoles; la luz arañaba de ellos los secretos de los ojos fríos, en su fondo se adivinaban transparencias inocentes, un mundo de sueños infantiles, divinos pensamientos, como á través del mar djafano se perciben las magias del coral, tudecitas y riquisimas.

—¡Hermosos ojos!—dije.

El anciano se dirigió á una puerta contigua y la abrió bruscamente.

—¡Sal, Lucia—dijo.

Sentí pasos y apareció á mi vista una joven de diez y ocho años, esbelta, elegante, de pelo rubio y de la misma hermosura que la niña; su mirada, ceñida por la esplendorosa luz de sus ojos, encandoraba; pero misterio inexplicable andaba reposadamente con las manos extendidas como los senos de los santos y con los ojos cerrados.

—Es ciega—gritó con voz honda y abogada el pobre padre.

—¡Hace diez años—continuó—vino ella á mí, como ha venido hoy su hermana Carmela, se abrazó á mis piernas; yo tenía un cigarrillo